



# HOJA DOMINICAL

1 de julio de 2018  
5° Domingo de Mateo

En este domingo, el Santo Evangelio nos relata que luego de cruzar el lago de Genezareth, Jesús y sus discípulos arribaron al país que, los Evangelios de Mateo y Lucas llaman: lugar de los Gadarenos (a partir del nombre de una de sus ciudades, Gadara), situado en la ribera meridional, mientras que el Evangelio de Marcos lo llama lugar de los Gerasenos (basándose en el nombre de otra ciudad: Gerasa). Ambas ciudades pertenecían a la “Decápolis.”

En la orilla encontraron a un hombre poseído por un espíritu maligno. La naturaleza de la posesión demoníaca se caracteriza porque los demonios despojan al hombre de su conciencia, y sometiendo su mente, controlan su cuerpo y la voluntad de su alma, causándole torturas increíbles a través de sus propias acciones.

La grandeza y omnipotencia del Hijo de Dios, ocultas al ojo humano, pero evidentes para los espíritus malignos quienes tienen una visión perfecta, los sumergió en terror y estremecimiento. Así, los poseídos comenzaron a gritar confesando a Jesús como Hijo de Dios y rogándole que no les causara la intolerable tortura que ellos experimentaban ante Su proximidad.

Los demonios suplicaban a Jesús que no les ordenara precipitarse al abismo “echándolos de aquella región” y, en cambio, que les permitiera entrar en una piara de cerdos que pastaba allí cerca en la montaña. Nosotros no sabemos lo suficiente sobre la naturaleza de los espíritus malignos como para comprender por qué es esencial para ellos habitar en seres vivientes.

Sin embargo, es característico que ellos eligieran a los más impuros y despreciados animales para los judíos, a fin de que el Señor no los echara de la región y entonces no se vieran privados de operar allí. Nuestro Señor les permitió entrar en aquella piara

de cerdos los cuales enloquecieron y se arrojaron desde lo alto del acantilado al mar, ahogándose.

Es evidente que al permitir esto, Nuestro Señor quiso iluminar a los gadarenos, quienes desoyendo los mandamientos de la ley de Moisés, criaban cerdos en gran número (según Mc. 5:13, alrededor de 2000).

Este episodio atrajo la especial atención de los habitantes de la región hacia Jesucristo, pues ellos vieron al tan conocido poseído por el demonio, curado y sentado a los pies de Jesús. Sin embargo, estos eventos no fueron suficientes para iluminar a los gadarenos: ellos experimentaron un inexplicable terror y, con toda seguridad, también desconfianza, pensando que la futura estadía del Señor les podría acarrear pérdidas materiales aún mayores.

Su sentimiento de pesar por la pérdida de aquellos cerdos superaba el natural sentimiento de gratitud hacia Cristo por haber librado milagrosamente la región de aquel endemoniado — y le pidieron a Jesús que se alejara de allí. ¡Que insensatez enorme hay en aquella gente que no desea hospedar dentro de sus fronteras a Aquel que vino a destruir la obra del diablo!

A diferencia de la usual prohibición del Señor de contar sus milagros, en esta ocasión Cristo ordena al poseso curado retornar a su casa y contar a todos las grandes cosas que Dios había hecho por él. Debe asumirse que Nuestro Señor actuó de este modo pues en esta región no tomó aquellos recaudos que si había tomado en Galilea y Judea, donde las ideas sobre el Mesías eran tergiversadas, pues lo consideraban el líder terrenal de Israel.

Nuestro Señor no quería que Su Nombre estuviese ligado a las apetencias políticas de los extremistas judíos, que anhelaban derrocar el dominio romano. Los gadarenos se caracterizaban por ser inusualmente toscos y salvajes en religión y moral.

Nuestro Señor quiso así despertar sus corazones con una enseñanza sobre Su persona y sus obras a través de la curación del endemoniado. Este fue dotado por Jesús con tales bendiciones que, según dice san Marcos, comenzó a predicar acerca del Señor por toda la Decápolis preparando así la región para la ulterior enseñanza apostólica y conversión a Cristo.

### **Meditemos la Palabra de este Domingo**

Después de calmar la tempestad, el Señor y sus apóstolos llegaron a la ciudad de Gadara (Mt 8:28), en el territorio de Gerasa (Mc 5,1), que estaba bajo el dominio del Imperio Griego, al este de la Palestina, donde realizara un gran milagro: la expulsión de demonios.

Los habitantes de Gerasa, o sea, los gerasenos, eran muy supersticiosos, idólatras y preferían vivir aislados de la sociedad. Este pueblo creía, según la concepción de la época, que los malos espíritus eran asociados a todo lo que podía contaminar y contagiar, como por ejemplo, las dolencias de lepra y también con animales que devorasen de manera voraz a sus presas, como por ejemplo, los puercos, jabalís, etc.

Al entrar en la ciudad y percibir la presencia de Jesús, dos endemoniados salieron de sus escondrijos y fueron al encuentro del Señor para reclamar por su presencia en aquel lugar (Mt 8,28). Además de sentir la presencia del Señor, lo reconocen y lo confiesan como el Hijo de Dios, el Mesías. Santiago nos escribe: “También los demonios creen en Jesús y tiemblan de miedo”. (Sant 2,19).

No basta apenas con creer en Dios, es preciso reconocer su presencia amorosa en nuestra vida y nuestra historia, como el eterno Creador y sustentador de todo lo que existe. Se engaña quien piensa que los que causan el mal no creen en Dios. Son muchos los ejemplos de males terribles cometidos contra individuos y grupos en su nombre, sembrando el dolor, el sufrimiento y la muerte.

Este modo de practicar la fe es distorsionado y enfermizo, pero aun así Dios no es ignorado. Si hasta los mismos demonios aceptan la existencia de Dios y si nuestra fe se resume apenas en esta “certeza” de su “existencia”, nos estamos engañando a nosotros mismos.

Jesús con su presencia y acción, desterró el poder del maligno, liberando los dos hombres de los demonios transfiriéndolos a una manada de puercos que, enseguida, se precipitaron al abismo. El cerdo es considerado por los judíos y los mahometanos un animal

impuro que merece todo el desprecio por causa de su voracidad y de su hábito de vivir en la inmundicia; es también símbolo de bajeza y embrutecimiento.

Este exorcismo, narrado por el Evangelista San Mateo, permite una doble constatación: a) El Ser humano no es escondrijo de demonios, sino templo del Espíritu Santo de Dios. La venida del Señor al mundo restauró la dignidad propia de la criatura humana. Por eso, a los demonios solo les quedo habitar en aquel que era considerado símbolo de la impureza y la bajeza. b) El suelo sagrado, igualmente, no podía soportar las patas del animal que cargaba el maligno.

La manada estaba en tierra sagrada y, delante del Hijo de Dios, por eso no les quedo alternativa sino precipitarse abismo abajo. Es una invitación a transformarse en lugares sagrados donde vivimos: la casa, el local de trabajo, los sitios de descanso, de oración.

Además como cristianos, nuestra presencia debería ser una presencia siempre transformadora de los ambientes por donde transitamos, pues somos templos vivos de Dios. En otros pasajes del Evangelio, el pueblo se alegraba con los milagros que el Señor realizaba.

En este episodio, podemos observar lo contrario: Jesús es expulsado por los que presenciaron la escena. El Evangelista San Lucas señala la causa de este rechazo a Jesús como “económica”: los cerdos se arrojaron por el abismo y esto era causa de prejuicio para sus dueños. Algunas personas temiendo más pérdidas con la presencia de Jesús tomaron la decisión de expulsarlo.

Marcos en su Evangelio concluye que los habitantes preferirán permanecer idólatras, cultivando sus prácticas paganas a convertirse. Lo importante es que aquellos que antes estaban posesos recuperaran su dignidad humana y no tuvieran que habitar en grutas o cavernas, ahora podían volver a convivir con sus semejantes.

De hecho, donde no hay un mínimo de sensibilidad, de compasión por los sufrimientos de nuestros hermanos más desafortunados, donde no hay grandeza para alegrarse con los éxitos y la alegría de los otros, Dios no puede habitar plenamente. Su presencia se hace por medio del compartir de los bienes materiales, de los buenos sentimientos, donde se vive la misericordia y la bondad del Padre Celestial.

